

PREFACIO

Si la ciudad puede ser entendida como un espejo de la organización social de sus habitantes y del sistema de poder que la vertebró, la pretensión de concebirla *ex novo* y bajo el auspicio de formaciones de verdad científica tendió a volver más diáfana una relación que en la modernidad a menudo es reconocible sólo a través de múltiples mediaciones. De ahí que la conjunción de la idea de ciudad nueva, la ciencia y el origen como factor favorecedor de más estrechas interacciones entre todos los tópicos mencionados, permita encontrar, dentro de una determinada coyuntura histórica, más nítidamente expresados los valores de la cultura urbana en directa relación con el ejercicio del poder. Esto que decimos resulta particularmente visible en el caso de La Plata, la “nueva Capital” surgida en 1882 dentro del contexto latinoamericano, al amparo de la legitimidad brindada por el conocimiento científico a un naciente Estado moderno argentino que situaba sus acciones políticas y urbanas en directa correspondencia con el impacto periférico del positivismo finisecular.

Y junto a ese verdadero mandato de nacer y a la vez crear las condiciones para que pueda prosperar eficazmente la cultura científica, La Plata también recogió el de transmitir ejemplarizadamente las virtudes cívicas de su orden urbano. Durante más de medio siglo, en el que acompañó decisivamente el devenir del pensamiento liberal en Argentina, puede decirse que asumió esas ambiciosas funciones, acompañadas de expectativas que siguieron instándola a auto representarse como una metáfora del orden. En efecto, durante ese lapso, buscó afirmar su identidad sublimando las manifestaciones sociales a través de una directa relación del saber con la cultura urbana, por un lado reactualizando permanentemente el papel de la ciencia en miradas que

situaban las formas físicas de la ciudad como una fiel traducción de sus ideales, o bien la invocaban como una instancia impulsora del progreso y del control social.

Estas permanentes interacciones confluyeron en lo que fue la ciudad universitaria por antonomasia de la Argentina, indagada a lo largo de este trabajo a través de los instrumentos que nos proveen la historia cultural urbana y la historia social de la ciencia. Ciudad y universidad aparecen entonces como el punto de intersección de ambos enfoques, que a su vez suscitan variadas articulaciones.

Al respecto, podemos pensar que si la función de la historia es la de dar sentido a un acontecimiento, habiendo constatado antes que ese acontecimiento realmente lo sea, vale la pena detenerse en ver cómo se relaciona con esa convicción el objeto de estudio escogido. Giovanni Levi señala que el acontecimiento lo es sólo en la medida en que suscite un interés general, algo que plantea ciertas paradojas como la de conciliar aquello que posee una singularidad que lo vuelve único e irreplicable, con la petición de generalizar que nos plantea la Historia, o cuanto menos la “Nueva Historia”.¹ Entre el riesgo de la irrelevancia del caso único y de la redundancia de la generalización, se sitúa una opción superadora: sin resignar la fascinación por lo distinto buscar generalizaciones antes que en las respuestas en lo que se pregunta, en lo que se puede preguntar de la misma manera en muchas situaciones diferentes. Ello aún cuando está claro que el propio caso es el que puede suscitar las preguntas generalizables.²

Decimos esto porque La Plata aparece aquí como un espacio interrogado con preguntas que buscan echar luz sobre un objeto de estudio, los escenarios de la cultura científica argentina, que involucra la ciudad, efectivamente, aunque también la trascienden. Cabe referirse así a una historia que conjuga distintas historias articuladas por la función didáctica de esa cultura científica. La historia de los usos de la ciencia como vía de legitimación de praxis políticas, donde resonarán las advertencias foucaultianas respecto a los equívocos en los que se incu-

¹ Al hablar de “Nueva Historia” nos basamos en el sentido que le da a ese concepto Peter Burke al entenderlo como un paradigma en permanente redefinición desde que la Escuela de los *Annales* pusiera en crisis la Historia tradicional construida por el positivismo. Peter Burke (ed.); *Formas de hacer historia*, Alianza, Madrid, 1994.

² Giovanni Levi; “Los historiadores, el psicoanálisis y la verdad”, *Pasajes de pensamiento contemporáneo* N°10, València, 2003, pp. 57-67.

re al atribuirle a aquélla siempre una valoración positiva, tanto como al dejar de ver que el poder no se halla escindido del saber sino que lo produce. La historia de estrategias del liberalismo argentino desplegadas para prolongar un sistema de poder que no se concentra en un sitio ni tiene una función sólo represiva, sino que es aceptado socialmente a través de la cultura. La historia de los modos en que esa cultura encontró su respaldo en la ciudad moderna y pugnó, por su intermedio, por construir consensos para legitimar el orden instituido. La historia del resultado material de las intervenciones inducidas por la cultura científica argentina en esa experimental ciudad moderna que fue La Plata, y la del modo en que las élites gobernantes abrazaron el evolucionismo biológico para ponerlo al servicio de una causa que instaba a evitar acciones que no sean guiadas por la idea de avanzar a través de cambios graduales y muy lentos, operando al mismo tiempo como vía canalizadora de las expectativas de inclusión social. Y allí donde la colonización social de teorías biológicas deviene en un poder pedagógico que cabe interrogar desde la noción de biopolítica, articuladora de los intentos de normalizar la sociedad, de prescribir regularidades en forma individualizada y totalizante a la vez,³ también resuenan las tesis con las que Benjamin en 1940 instaba a “cepillar la historia a contrapelo”, para reconocer, entre otras cosas, que toda expresión de cultura puede al mismo tiempo serlo de barbarie y que el evolucionismo no siempre se asocia al progreso social.⁴

Nuestro objeto de estudio se alimenta asimismo de reflexiones que devienen de un desarrollo de los espacios del saber, articulado con una historia de los sucesivos aportes formulados por figuras como Emilio Coni, Dardo Rocha, Domingo Sarmiento, Francisco Moreno, Carlos O.

³ Michel Foucault; *Microfísica del poder*, Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1992. Sobre la biopolítica como tecnología del poder véase Michel Foucault; *Naissance de la Biopolitique* (Cours au Collège de France. 1978-1979), Gallimard Seuil, Paris, 2004; Michel Foucault; *Defender la sociedad* (Curso en el Collège de France), Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001, especialmente su Clase ofrecida el 17 de marzo de 1976, pp. 217-238. Para una relación entre biopolítica y ciudad véase Joel Outtes; “Disciplining Society through the City. The Genesis of City Planning in Brazil and Argentina (1894-1945)”, *Bulletin of Latin American Research*, Vol.22, N°2, Oxford and Malden, 2003, pp. 137-164.

⁴ Para una relectura de las tesis de Benjamin basada en su análisis talmúdico y la interpretación con ellas de distintas circunstancias históricas, véase Michael Löwy; *Aviso de incendio* (2001), Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005.

Bunge, Joaquín V. González, Víctor Mercante, Alejandro y Guillermo Korn y Alfredo Palacios. Es la historia de la creación *ex novo* de un espacio urbano que da cabida a esas diversas articulaciones del poder con la ciencia y la historia de los intentos de sistematizar todos los saberes producidos por la fundación de una ciudad ideal, que atraen otros de enorme importancia a través del surgimiento de una Universidad situada entre las primeras de Latinoamérica concebidas con un sentido científico.

Cuando hablamos de escenarios de la cultura científica, estamos asignando a las formas físicas una función similar a las metáforas, en tanto *tropo* que opera trasladando el sentido de un concepto a otro, en este caso asumiendo la representación de la ciencia. Y también su similitud cabe advertirla en la capacidad de suscitar múltiples lecturas. Por un lado, las que se vinculan a su papel emblemático dentro de la ciudad que las contiene y a la que dotan de fuertes rasgos identitarios. Pero las metáforas también hablan por sí solas, ellas poseen además una función autónoma.⁵ Y en ese sentido, si en los escenarios pueden verse traducidos ideales de la cultura científica argentina, no siempre resulta tan directa esa asimilación y, del mismo modo que la metáfora, la arquitectura para la ciencia también posee su propio espacio discursivo.

Por cultura científica entendemos el sentido que le ha dado Terán, como una difusa amalgama de intervenciones teóricas que reconocen el prestigio de la ciencia poyeando legitimidad a sus argumentaciones.⁶ Intervenciones que a su vez quedan inscriptas en espacio de intereses compartidos que, como un campo, define sus límites y establece mecanismos tácitos o explícitos de inclusión a él para que se produzca el reconocimiento como par.⁷

Este trabajo busca indagar el modo en que esa cultura científica

⁵ Héctor Palma; *Metáforas en la evolución de las ciencias*, Jorge Baudino, Buenos Aires, 2004.

⁶ Oscar Terán; *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la cultura científica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000.

⁷ El campo, como mundo social, es un microcosmos con reglas estudiadas desde una sociología que también advierte acerca de particularidades que posee cuando se organiza para la producción del conocimiento científico. Pierre Bourdieu en *Los usos sociales de la ciencia*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2000; y *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad* (Curso del College de France 2000-2001), Anagrama, Barcelona, 2003.

argentina tiende a confundirse con los escenarios que la contienen, con la ciudad toda, para que a través de ella sea reinvocada la necesidad de sostener una idea de orden. El devenir de la ciudad ideal, desde su fundación hasta el surgimiento del peronismo, enmarca el plan fundacional sustentado en la apelación a una necesaria relación entre forma urbana y comportamientos deseados. Y nos coloca frente al papel de la ciencia como agente legitimador de la posición detentada por las élites a la vez que instrumento para diseñar, ejecutar y mantener un orden urbano que depende de las paralelas obligaciones inculcadas al ciudadano que lo habita. También ese devenir nos permite dar con la aparición de una cultura y un arte urbano, asociados a la difusión del arielismo y su impacto en el reformismo universitario, que tiende a moderar la rigidez de ese orden para tender a incorporar a él nuevos sectores sociales. Sin embargo, este trayecto evidenciará, asimismo, sus aporías en el momento en el que la insuficiencia de la moderación gradualista se revele en un visceral cuestionamiento a la legitimidad de la ciencia para cumplir esas funciones. Igualmente el proceso desatado denotará allí otro rasgo significativo: la cultura científica establecía un sistema de exclusión que también concitó el anhelo de los sectores excluidos por ocupar sus espacios simbólicos, antes que reemplazarlos por otra cultura o una “contracultura”, como lo harán notar en una jornada muy particular de 1945.

Por su parte, nos hemos referido a la confluencia de enfoques orientados por la historia cultural urbana y la historia social de la ciencia, sobre los que cabe precisar sus alcances. El primero de ellos remite a la progresiva expansión de los alcances de la historia urbana, operada en la medida en que la profesionalización de los estudios referidos a la ciudad fueron asumiendo en los últimos años la dinamicidad de la Historia requerida desde la “Nueva Historia”.

Sin embargo, una primera disyuntiva dentro de ese amplio campo puede advertirse en básicas formas de aproximarse al objeto central de estudio. Esto es, entendiendo la ciudad como una manifestación física que encierra relaciones humanas, o bien como relaciones humanas que crean manifestaciones físicas. Y si este juego de palabras no parece expresar diferencias semánticas de importancia, el significado profundo de las respectivas miradas sobre la ciudad que una u otra alternativa sintáctica originan, remite a universos de ideas tendientes entre sí mucho más a divergir que a converger. En efecto, esas dos grandes maneras de entender la ciudad fueron modeladas por el pensamiento clásico a través de términos que tuvieron derivaciones en distintas len-

guas y perduraron para influir decisivamente en la percepción actual que tenemos de ella. Y si los griegos con la noción de *polis* situaron tempranamente la ciudad en correspondencia con la política y el espacio público, como lo ha hecho notar agudamente Hannah Arendt al analizar la forma en que de esa articulación deviene el fundamento físico y normativo de la convivencia civilizada⁸ —que otra derivación de la misma raíz, policía, sería la condición represiva de su mantenimiento—, los romanos al hablar de la ciudad fueron más explícitos al distinguir sus significados entre *civitas* y *urbs*, para aludir a la forma en que construían los vínculos de sociedad quienes eran sus ciudadanos, o bien a “la fábrica material de la ciudad”. El primer término hacía referencia a sus habitantes y sus actividades y el segundo “a sus piedras”.⁹

Ahora bien, mirar la ciudad poniendo en interacción los habitantes con las “piedras”, o lo que equivale decir cultura, ideología y política con expresiones materiales, representa una inquietud que deja entrever también el modo en que la “Nueva Historia” fue permeando el campo de los estudios culturales y urbanos. Es aquello que Richard Sennet al estudiar la ciudad en una historia de larga duración buscó sintetizar hablando de *Carne y piedra*,¹⁰ para expresar elocuentemente una conjunción que, claro está, toma distancia de la mirada tradicional que tiene de la ciudad el arquitecto “hacedor” de hechos físicos y aquel que, desde esa misma perspectiva, ha construido sus interpretaciones sólo desde las evidencias, esto es desde lo visible. Consecuentemente, fue afirmándose la tendencia a diferenciar, dentro del amplio *corpus* de textos vinculados al estudio de la ciudad, la “historia urbanística” de la nueva disciplina que se dio en llamar “historia cultural urbana”.¹¹ Y en esa diferenciación quedó

⁸ Hannah Arendt; *La condición humana* (1958), Paidós, Barcelona, 2001.

⁹ En el siglo VI San Isidoro de Sevilla explicaba en sus *Etimologías* que “Civitas es una muchedumbre de personas unidas por vínculos de sociedad, y recibe ese nombre por sus ciudadanos (*cives*), es decir por los habitantes mismos de la urbe”. “Con el nombre de urbe (*urbs*) se designa la fábrica material de la ciudad, en tanto que *civitas* hace referencia, no a sus piedras, sino a sus habitantes”. Cfr. José Luis Ramírez; “La construcción de la ciudad como lógica y como retórica. Los dos significados de la ciudad”, *Astrágalo* N°12, Madrid, 1998, pp. 9-24.

¹⁰ Richard Sennett; *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental* (1994), Alianza, Madrid, 1997.

¹¹ Arturo Almandoz; “Notas sobre historia cultural urbana. Una perspectiva latinoamericana”, *Perspectivas urbanas* N°1, Barcelona, 2002, pp. 29-39.

en claro que el espíritu que anima la “Nueva Historia”, con su pretensión transdisciplinaria, desbordaba el molde de estrecho de aquello que se relaciona con la indagación de la ciudad como entidad física autónoma. La “Nueva Historia” fue entonces induciendo a ver aquella faceta de la ciudad vinculada a la labor profesional que la produjo materialmente, pero sólo como parte de una constelación de temas que involucran a diversos actores sociales que pensaron la ciudad como un problema cultural. En este sentido, existe un verdadero y productivo espacio de dispersión epistemológica en torno a aquellos estudios urbanos que, en los últimos años y guiados por renovadas inquietudes, buscaron apoyatura en fuentes discursivas de diverso tipo.

El caso latinoamericano posee una rica tradición ensayística de indagaciones que situaron la cultura urbana como motor del devenir histórico de la región, condensada de manera elocuente en los trabajos ya clásicos de Richard Morse, Ángel Rama y José Luis Romero.¹² Tras estos paradigmas de una historia cultural que buscó dar cuenta del protagonismo de lo urbano en la realidad política y luego de difundirse corrientes angloamericanas que remiten en gran parte a los aportes de Lewis Mumford, se afianzó en el último decenio un homogéneo conjunto de obras provenientes de la historia urbana y de la arquitectura en Argentina.¹³ Ellas revelan importantes avances en los estudios referidos a la historia de la cultura material, la ciudad y el territorio, cuya impronta puede reconocerse en dos planos: por un lado en la afirmación de la historia de la arquitectura a partir de un trabajo minucioso que acentuó su especificidad disciplinar, y por otro, en nuevas perspectivas

¹² Richard Morse; “Los intelectuales latinoamericanos y la ciudad (1860-1940)” (1976), Jorge Hardoy, Richard Morse y Richard Schaedel (comp.); *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*, CLACSO/Ediciones Siap, Buenos Aires, 1978; Ángel Rama; *La ciudad letrada* (1984), Arca, Montevideo, 1998; y José Luis Romero; *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas* (1976), Siglo XXI, Buenos Aires, 1986.

¹³ Adrián Gorelik; *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. UNQ, Buenos Aires, 1998; Jorge Liernur; *La Arquitectura en la Argentina del siglo XX. La construcción de la modernidad*, Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 2001; Jorge Liernur y Fernando Aliata (comp.); *Diccionario de la Arquitectura en Argentina*, 6 Tomos, Clarín, 2004; Graciela Silvestri; *El color del río. Historia cultural del paisaje del Riachuelo*, UNQ / Prometeo, Buenos Aires, 2003; Anahí Ballent; *Las huellas de la política. Vivienda social y peronismo en Argentina* (1943-1955). UNQ / Prometeo. Buenos Aires, 2005; y Jorge Liernur (con Pablo Pchepiurca); *La red Austral. Obras y proyectos de Le Corbusier y sus discípulos en la Argentina, 1924-1965*, UNQ, Buenos Aires, en prensa.

culturales proyectadas sobre núcleos temáticos que habían sido visitados anteriormente por una historiografía preponderantemente apoyada en enfoques sociológicos, económicos y/o políticos. Asimismo, avances experimentados por una historia urbana que echó luz sobre la propia disciplina, fueron en paralelo con acercamientos a la historia social planteados por Jorge Hardoy y Diego Armus para afirmar al mundo urbano y los sectores populares como un sólido objeto de estudio, luego de que comenzara a ser interrogado con particular énfasis a partir de las reinterpretaciones de Thompson formuladas en Argentina por Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero.¹⁴ Como consecuencia de estos trabajos, la metrópolis, la modernidad, el plan urbano, el paisaje, el pensamiento ilustrado en la organización del territorio, el higienismo y los sectores populares en el mundo urbano, pasaron a ser ineludibles aspectos a considerar dentro de la historia argentina de los siglos XIX y XX.

Nuevas miradas sobre la ciudad fueron asimismo alimentadas por una creciente tematización de la utopía y por medio de la indagación de los discursos que construyen representaciones de las imágenes mentales y visuales, vale decir de los imaginarios urbanos.¹⁵

La *Nueva Historia Argentina*, en tanto empresa editorial que pretendió dar cuenta del estado de desarrollo alcanzado por la “Nueva Historia” desde el advenimiento de la democracia,¹⁶ puso de manifiesto el desarrollo de la historia de la cultura material, la ciudad y el territorio. Otro tanto

¹⁴ Véase Diego Armus (comp.); *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de Historia Social Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990; y dentro de una vasta producción de Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero; *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.

¹⁵ Con relación a los imaginarios, temática impulsada por los Congresos que con esa denominación organizan desde 1994 Rafael Iglesia y Miguel Guérin en el marco de la Carrera en Historia y Crítica de la Arquitectura y el Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, véase Lyliam Albuquerque y Rafael Iglesia (ed.); *Sobre imaginarios urbanos*, FADU UBA, Buenos Aires, 2001. Dentro de esta temática también se sitúa la iniciativa que motorizó Gutman con la *Getty Foundation* y de la que derivó: Margarita Gutman y Thomas Reese (ed.); Buenos Aires 1910. *Imaginario para una gran capital*, EUDEBA, Buenos Aires, 1999; y Margarita Gutman (ed); *Buenos Aires. 1910; Memoria del porvenir*, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires/FADU UBA/IIED, Buenos Aires, 1999.

¹⁶ Publicada por Editorial Sudamericana, sus doce volúmenes organizados por períodos que abarcan desde los pueblos originarios hasta los años recientes comenzaron a publicarse en 2000 y fueron dirigidos respectivamente por Miriam Tarragó, Enrique Tandeter, Noemí Goldman, Marta Bonaudo, Mirta Zaida Lobato, Ricardo Falcón, Alejandro Cattaruzza, Juan Carlos Torre, Daniel James y Juan Suriano. A ellos se suma una historia del arte dirigida por José Emilio Burucúa y un atlas histórico a cargo de Mirta Zaida Lobato y Juan Suriano.

sucedió con la *Historia de la vida privada en la Argentina*, dirigida por Fernando Devoto y Marta Madero que acompañó los propósitos de renovación historiográfica perseguidos por la *Nueva Historia Argentina*.

Por su parte, el otro enfoque troncal antes mencionado, la historia social de la ciencia, permite poner en interacción Ciencia, Universidad y sociedad, para dar con un problema histórico que, después de los estudios de Babini,¹⁷ originó una importante cantidad de trabajos durante la última década en Argentina. Entre ellos se encuentran aquellos trabajos que reflexionan acerca de las articulaciones con la cultura y la política, colocando su foco en la función del intelectual,¹⁸ y los que enfatizan la especificidad de un campo que provee de vasto material para las biografías científicas.¹⁹ Los estudios que se detienen en episodios que desbordaron el funcionamiento autónomo de una institución del saber, por avasallamientos de fuera hacia adentro o expansiones de adentro hacia fuera,²⁰ y los que se concentran en historias institucionales. Las historias de la constitución campos disciplinares (de la medicina, de la educación, etc.)²¹ y de la recepción académica y/o popular de paradigmas

¹⁷ José Babini; *Historia de la ciencia en Argentina*, Solar, Buenos Aires, 1986.

¹⁸ Una reciente contribución es la de Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comp.); *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 2004.

¹⁹ Véase el *Dossier* sobre Biografías médicas coordinado por Consuelo Miqueo y Rosa Ballester en *Asclepio*. Vol. LVII, Fasc.1, Madrid, 2005, pp. 3-188.

²⁰ En Latinoamérica, la Reforma universitaria puede entenderse como el episodio más representativo de la expansión del espacio del saber desde dentro hacia fuera. Sobre ella existe en Argentina una amplia casuística, pudiendo mencionarse obras surgidas en torno a las celebraciones del 80 aniversario del estallido estudiantil de 1918 en Córdoba: María Caldelari y Patricia Funes; *Escenas reformistas. La Reforma Universitaria, 1918-1930*, EUDEBA, Buenos Aires, 1998; Hugo Biagini (comp.); *La Universidad de La Plata y el Movimiento Estudiantil. Desde sus orígenes hasta 1930*, UNLP, La Plata, 1999 y Hugo Biagini; *La reforma universitaria. Antecedentes y consecuentes*, Leviatán, Buenos Aires, 2000. También la revista *Espacios* N°24 de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires fue dedicada en 1999 íntegramente al tema.

²¹ Obras de referencia para la Historia de la Medicina en la región son las de Hugo Vezzetti; *La locura en Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 1985; José Pedro Barrán; *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo. *T.1 El poder de curar*, 1994; *T. 2 La ortopedia de los pobres*, 1995; *T.3 La invención del cuerpo*, 1995 y Ricardo González Leandri; *Curar, persuadir, gobernar. La construcción histórica de la profesión médica en Buenos Aires, 1852-1886*, CSIC, Madrid, 2001. También Armus y Lobato motorizaron en gran medida los estudios de ese campo en la Argentina a través de encuentros científicos de los que surgieron: Mirta Zaida Lobato; *Política, médicos y enfermedades. Lecturas de Historia de la salud en Argentina*, Biblos/UNMDP, Buenos Aires,

de la ciencia moderna, tanto como de teorías y pensamientos sujetos a diversas reinterpretaciones locales.²² Sin embargo, dentro de ese amplio *corpus* es infrecuente hallar cuestiones tales como la utilización de las formas físicas como recurso explicativo. Con esto queremos decir que la ciencia y la Universidad han sido explicadas hasta aquí a través de variados instrumentos (la historia política e intelectual, la sociología, etc.), objetos (la historia de una institución o de un conjunto de ellas)²³ y duraciones (ya sea que se analice un episodio singular porque marca un quiebre en el devenir histórico, o que se trate de exponer ese devenir histórico). Pero aún dentro de esa diversidad de instrumentos, de objetos y de duraciones, no es sencillo dar con el espacio, imaginado o construido para que cobije las necesidades de la ciencia y la Universidad.

Y aquí aparece una cuestión importante acerca del modo de considerar la relación del espacio con la historia que lleva a preguntarnos: ¿las formas físicas aportan un dato sólo complementario o sugieren preguntas de las que pueden derivar nuevas formas de entender la historia? Nuestra absoluta confianza en la segunda opción justifica el esfuerzo depositado en este trabajo.

1996; y Diego Armus (ed.); *Entre médicos y curanderos. Cultura, historia y enfermedad en la América Latina moderna*, Norma, Buenos Aires, 2002. La Historia de la Educación, por su parte, originó numerosas investigaciones entre las que cabe destacar la dirigida por Adriana Puiggrós; *Historia de la educación en Argentina*, 8 tomos, Galerna, Buenos Aires, 2001.

²² Trabajos imprescindibles para avanzar en la recepción de teorías científicas integran las compilaciones de José Luis Peset (coord.); *Ciencia, vida y espacio en Iberoamérica*, 3 vol., CSIC, Madrid, 1989; Patrick Tort (ed.); *Darwinisme et société*; PUF, Paris, 1992; Patrick Tort (ed.); *Dictionnaire du Darwinisme et de l'évolution*, 3 vol., PUF, Paris, 1996; Thomas Glick, Rosaura Ruiz y Miguel Ángel Puig-Samper (ed.); *El darwinismo en España e Iberoamérica*, Doce Calles, Madrid, 1999; y Miguel Ángel Puig-Samper, Rosaura Ruiz y Andrés Galera (ed.); *Evolucionismo y cultura*, Doce Calles, Madrid, 2002. De gran importancia para esta temática también son los trabajos de Dora Barrancos *La escena iluminada. Ciencias para los trabajadores, 1890-1930*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1996; y Armando García González y Raquel Álvarez Peláez; *En busca de la raza perfecta*, CSIC, Madrid, 1999. Deudora de todos estos avances es la obra: Marisa Miranda y Gustavo Vallejo (comp.); *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.

²³ Véase AA.VV.; *Universidades españolas y americanas* (prólogo de Mariano Peset); CSIC-Generalitat Valenciana, Valencia, 1987. Un trabajo ya clásico referido a una institución argentina es el de Halperín Donghi, Tulio; *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, EUDEBA, Buenos Aires, 1962. Para un reciente abordaje de varias instituciones véase Pablo Buchbinder; *Historia de las universidades argentinas*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005.

Roberto Fernández y Antonio Bonet Correa han iluminado esta problemática, ya sea analizando las articulaciones entre modelos universitarios y espacios físicos urbanos, o bien interrogando el binomio ciencia y ciudad.²⁴ También lo hicieron en Argentina de Brandáriz y Schmidt con trabajos referidos a la arquitectura para la ciencia y la educación.²⁵

Por otra parte, ya mencionamos los importantes avances producidos en la historia urbana por la “Nueva Historia”. Sin embargo, debemos detenernos en un dato particular cuando pensamos desde esas coordenadas la ciudad de La Plata. Es que esa “Nueva Historia” no se ha desprendido por completo de cierta convicción que atribuye a la metrópolis la capacidad condensar todos los problemas,²⁶ confiando en que la historia de los grandes contiene la de los pequeños, algo que efectiva-

²⁴ Roberto Fernández; “Metáforas del Universo. Modelos de Universidad: institución y espacio”, *Astrágalo* N°1, Madrid, 1994; Antonio Bonet Correa; *Arquitectura y Universidad. Del palacio de las musas a la Ciudad del saber*, Instituto de España, Madrid, 2002; Horacio Capel Sáez, José M^a López Piñero y José Pardo Tomás (Coords.); *Ciencia e Ideología en la Ciudad*, Generalitat Valenciana, Valencia, 1991, 2 tomos; y AA.VV.; *La ciudad del saber. Ciudad, Universidad y Utopía, 1293-1993*, COAM, Madrid, 1995. En esta última obra colaboraron Augusto Roa Bastos, Antonio Bonet Correa, Marina Waissman, Ramón Gutiérrez, Alberto Sato, Roberto Fernández y Antonio Toca Fernández, entre otros.

²⁵ Gustavo Brandáriz; *La arquitectura escolar de inspiración sarmientina*, EUDEBA; Buenos Aires, 1998 y “Escenario y representación: la arquitectura para la ciencia en la Argentina entre 1915 y 1945”, *Saber y Tiempo* N°15, Buenos Aires, 2003, pp. 19-52. Claudia Schmidt; “De la 'escuela-palacio' al 'templo del saber'. Edificios para la educación moderna en Buenos Aires, 1884-1902”, *Entrepasados* N°18/19, Buenos Aires, 2000, pp. 65-88 y “El efecto de la arquitectura. Carácter público y estilo nacional en el Museo de Historia Natural de La Plata. 1884-1888”, *IV Jornadas de Estudios e Investigaciones. Imágenes, palabras, sonidos, prácticas y reflexiones*, UBA, Buenos Aires, 2001, pp. 27-43. A esos trabajos cabe agregar los incluidos en la obra de Hugo Biagini (comp.); *La Universidad de La Plata...*, op. cit., a cargo de Alejandro Crispiani, Fernando Gandolfi, Eduardo Gentile y Gustavo Vallejo. Por otra parte, de mis indagaciones acerca del cruce entre formas físicas y objetivos de espacios científicos planificados para un ejercicio de control social, puede verse: Gustavo Vallejo; “Las formas del organicismo social en la eugenesia latina”, Marisa Miranda y Gustavo Vallejo (comp.); op. cit., pp. 231-272.

²⁶ Si bien Buenos Aires ha sido el objeto de estudio central dentro del proceso de renovación historiográfica, él también alcanzó a otras ciudades. Un ejemplo de ello es: Ricardo Ponte; *La fragilidad de la memoria. Representaciones, prensa y poder de una ciudad latinoamericana en tiempos del modernismo. Mendoza 1885-1910*, Fundación Cricyt, Mendoza, 1999. Por su parte, Jorge Liernur y Fernando Aliata (comp.); op. cit., incorporaron voces que abordaron, con limitada extensión, el estudio de ciudades intermedias de Argentina.

mente muchas veces es así, aunque en ciertas oportunidades en cambio resulta necesario atender a un principio de heterogeneidad que establezca que la historia de unos no es la de otros²⁷.

A partir de las contribuciones hasta aquí señaladas, el propósito de esta investigación se particulariza desde la propia decisión de interrogar lo urbano a través de su indagación en directa correspondencia con el rol ocupado por la ciencia en el plan fundacional de la ciudad ideal y en la posterior sistematización de los saberes que ese plan produjo. Esto es, buscando integrar enfoques que han sido poco proclives a entablar diálogos entre sí: Ciudad y Universidad, la cultura científica y sus escenarios.

²⁷ Sobre La Plata cabe destacar obras de referencia para incursionar en estudios urbanísticos, históricos, en el preservacionismo y en el planeamiento. Una de ellas es: Julio Morosi y Fernando De Terán (comp.); *La Plata. Ciudad nueva, ciudad antigua*, UNLP-IEAL, Madrid, 1983. La obra se inscribe en un clima general marcado por las celebraciones por el centenario de la ciudad, donde la mirada hacia el pasado buscaba denotar un balance. El resultado arrojaba luces y sombras que podían reconocerse dentro de una marcada polarización diacrónica: mientras la “ciudad nueva” encarna los disvalores de una forma urbana degradada, esto es producto de la “caída”, la “ciudad antigua” es el repositorio del “alto origen”, donde residen todos los valores con los que la sociedad debe reencontrarse para detener tanta degradación. De esa confrontación teórica se desprende una voluntad deontológica según la cual toda posible mejora en la calidad de vida reside en estrategias proyectuales que reinstalen la supremacía de la tradición sobre la modernidad. De aquella tendencia a integrar ideas preservacionistas al planeamiento urbano surgieron, en una clave ambientalista, trabajos de la Fundación CEPA que derivaron en importantes gestiones dirigidas a obtener la declaración de La Plata como “Patrimonio de la Humanidad”, cuya fundamentación fue volcada en: Rubén Pesci; *La Plata. Ciudad Patrimonio*, CEPA, La Plata, 2003. Asimismo La Plata y especialmente su plan fundacional, tiene otra importante obra de referencia: Alberto De Paula; *La ciudad de La Plata. Sus tierras y su arquitectura* (1987). Anteriormente surgieron valiosos aportes documentales: Antonino Salvadores; *Fundación de La Plata (documentos éditos e inéditos)*, AHPBA, La Plata, 1932; los textos de José María Rey; *La nueva Capital*, La Plata, La Plata, 1932 y *Tiempos y fama de La Plata*, UNLP, La Plata, 1957; diversos trabajos del Centro de Estudios Históricos del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires dirigido por Barba y de Jorge Tartarini; *La acción profesional en la fundación de La Plata*, La Plata, 1982. El más reciente aporte se halla en la voz “La Plata” del citado *Diccionario de la Arquitectura*. Dividida en tres bloques tuvo el abordaje del proyecto fundacional de Alberto De Paula y del lapso iniciado en 1932 por Gandolfi y Gentile. En medio se sitúa Gustavo Vallejo; “De la ciudad ideal a la ciudad real (1884-1932)”.